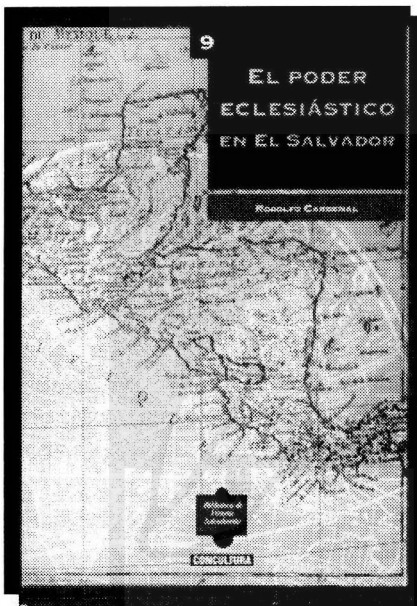


# Novedades bibliográficas

## Librería de la UCA

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

Cardenal, R., *El poder eclesiástico en El Salvador, 1871-1931*. San Salvador, CONCULTURA, 2001, 434 pp.



En 1980, vio la luz la primera edición de *El poder eclesiástico en El Salvador, 1871-1931*, bajo el sello de UCA Editores. Veintiún años después, aparece una nueva edición, esta vez en la colección Biblioteca de Historia Salvadoreña, impulsada por el Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (CONCULTURA).

A pesar del tiempo transcurrido, el libro de Rodolfo Cardenal conserva la frescura propia de los clásicos, cuya lectura siempre deja nuevas perspectivas de análisis a quienes los leen por primera o a quienes visitan de nueva cuenta su obra.

Con Cardenal caemos en la cuenta del enorme influjo que la iglesia católica ha tenido en la realidad histórica salvadoreña no sólo durante la colonia y el período conservador, sino en el período liberal, que se inicia a finales del siglo XIX cuando se produce la revolución liberal y se institucionaliza la República. A partir de esta constatación, el autor sostiene que, en el caso salvadoreño, no es tan cierta la tesis —sostenida por los liberales— de que la revolución liberal excluyó el poder eclesiástico de la esfera social, económica y política. Por el contrario, la Iglesia “tuvo la flexibilidad suficiente para reubicarse en el nuevo orden económico, social y político”, y se mantuvo como una instancia de poder junto con los otros elementos de poder económico y político que se constituían en el momento de despegue de la república liberal.

El “poder eclesiástico” se caracterizó, desde finales del siglo XIX hasta los años 50, por el apoyo casi monolítico de las autoridades eclesiásticas

al proyecto socioeconómico y político impulsado por la clase gobernante, civil y militar, que se consolidó en el poder durante el primer cuarto del siglo XX. Rodolfo Cardenal —luego de una análisis exhaustivo de documentos oficiales de la Iglesia— resume así el papel eclesial a inicios del nuevo siglo:

“Para la Iglesia salvadoreña la apertura al nuevo orden se tradujo en... cooperación con la clase dominante, que tenía sus fundamentos en la exportación cafetalera. La Iglesia constantemente fue ofrecida por sus jerarcas como institución útil al Estado. Fue tal la insistencia en esto que el principio de utilidad al Estado se llegó a convertir en criterio de verdad para la Iglesia. Según este principio, el mayor servicio de la Iglesia a la sociedad consistía en la formación de buenos ciudadanos al hacerlos buenos cristianos... Consecuentemente la Iglesia se ofreció como la institución ideal para interiorizar en las conciencias el respeto y la veneración al orden establecido. El Estado, por su parte, necesitaba asegurar su estabilidad; la sola legitimación no era suficiente... La Iglesia prestó servicios apreciables en ambos aspectos” (p. 367).

Si el compromiso con las autoridades constituidas por parte de la Iglesia era así de decidido, no era menos decidido su rechazo al socialismo y el comunismo. En 1927, el entonces Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de San Salvador y futuro Arzobispo, Mons. Alfonso Belloso, emitió una *Carta Pastoral*, titulada “El presente momento social”, documento en

el cual se resume la postura de la Iglesia ante la doctrina socialista. Pero el documento no tiene una finalidad meramente doctrinal, sino que su finalidad última es política: a través del mismo la jerarquía eclesial desaprueba y condena el influjo del movimiento comunista en la coyuntura de la época. En un apartado de la Carta Pastoral de Monseñor Belloso, titulado “El socialismo y la patria salvadoreña”, se puede leer lo siguiente:

“El socialismo, así como aborrece las ideas de la propiedad familiar, estado, religión, así también abomina la idea de *Patria*. Las fronteras se le antojan coacción y tiranía, y ha jurado borrarlas; el hombre ha de ser ciudadano del universo; en el mundo socialista no habrá naciones, habrá sindicatos. Por consiguiente, en la geografía socialista no contará la República de El Salvador, sino la Confederación de Camaradas Salvadoreños”.

Sobre la solución de los problemas nacionales, dice Monseñor Belloso:

“Confiar la solución de problemas tan complejos y espinosos a mítines populares y a conferencias tendenciosas —por más que se adoren con los nombres de centros culturales y campañas contra el analfabetismo— sería reconocido desacierto.

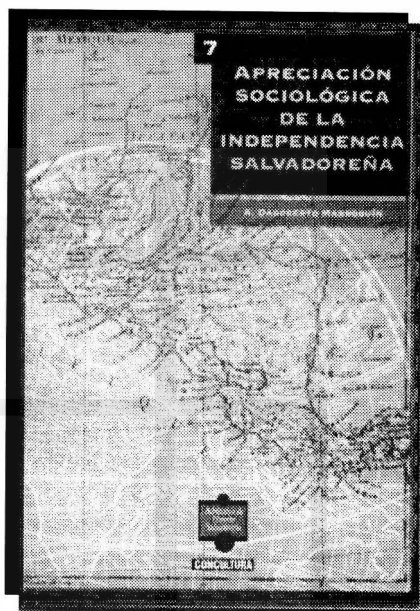
“No necesitamos agrupaciones propagandísticas que lancen a los cuatro vientos ideas inspiradas por el comunismo extranjero, sino *Círculos de Estudios* que, de la observación directa de nuestra vida social íntima, infieran las causas y los remedios de sus dolencias.

“Invitamos, pues, a todos los intelectuales salvadoreños a esta labor tranquila y de veras provechosa... proponiéndoles para nuestra mutua inteligencia el siguiente criterio: *El sistema económico-social más aceptable es el que mejor concilia el mayor bien posible del individuo con el mayor bien posible de la colectividad*”.

Esa conciliación suponía rechazar cualquier intento de reforma del modelo socioeconómico y político establecido. Y como este modelo se fundaba en el control sobre la tierra ejercido por un grupo de propietarios de las grandes haciendas cafetaleras, lo más temido era justamente la transformación de las relaciones de propiedad en el agro. El levantamiento campesino de 1932 se constituyó en una amenaza para la dominación de los grupos oligárquicos. Pero no sólo ejército y los grupos paramilitares de la oligarquía lo enfrentaron; también lo hizo la Iglesia. Controlado el alzamiento campesino, su amenaza quedó presente como un fantasma para los grupos de poder. Reforma agraria y organización campesina fueron temas innombrables para la élite dominante desde 1932.

En definitiva, la lectura del libro que comentamos nos confronta con un pasado de relaciones oscuras entre la Iglesia católica y los poderes de este mundo. Hasta que punto esos compromisos eclesiales inconfesables marcan aun nuestro presente es algo sobre lo que se tiene que meditar muy detenidamente.

**Marroquín, A. D., *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña*. San Salvador, CONULTURA, 2000, 107 pp.**



Este libro de Alejandro Dagoberto Marroquín fue publicado por primera vez por la Editorial Universitaria, de la Universidad de El Salvador, en 1964. Sin duda alguna, se trató en su momento de uno de los primeros aportes, desde categorías específicamente sociológicas, para la comprensión del proceso independentista de 1821.

Al leer detenidamente *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña* se hacen evidentes algunas de las limitaciones, que no han escapado a la mirada de algunos críticos,

del enfoque conceptual —excesivamente cargado de categorías marxistas— que orienta el análisis de Marroquín. Esto lleva al autor a leer la independencia de España como “un proceso revolucionario que se inicia en 1811 y culmina en 1821” (p. 19). Con todo, no se puede obviar el incipiente desarrollo de las ciencias sociales en El Salvador de la década de los años 60, así como el peso que ejercían en los círculos intelectuales más progresistas del país —concretamente los que se aglutinaban en torno a la Universidad de El Salvador— los enfoques de corte marxista.

Otra de las limitaciones del libro que comentamos estriba en su evidente esquematismo. Por mencionar un par de ejemplos, temas como los antecedentes históricos de la independencia o la crisis política que se suscita en España con la abdicación de Carlos IV (1808), en el marco de la invasión napoleónica, son desarrollados en un par de páginas, cuando en realidad exigirían un tratamiento más detallado.

Pese a lo anterior —y aquí está uno de los mayores méritos del autor—, Marroquín propugnó una interpretación de la independencia salvadoreña que fue a contracorriente de la versión que se había ido tejiendo desde las esferas del poder estatal. En esta línea, uno de sus logros más importantes consiste en restar protagonismo a los “próceres” y trasladarlo a los grupos sociales que dinamizan la vida política y económica durante la colonia, y que en sus relaciones, conflictos y tensiones van a moldear el carácter del proceso de independencia: españoles, criollos, mestizos, mulatos e indios.

En fin, como señala Roberto Turcios, en la “Nota introductoria”, la *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña* “es resultado de un trabajo pionero de la investigación social y presenta un panorama que, sin lugar a dudas, contribuye a la comprensión del largo proceso de independencia” (p. 15). Razones más que suficientes para leer el libro y meditar sobre sus tesis y conclusiones más importantes.